Relatos de la "Sīrat al-thāhir Baïbars"

VI – Muerte en el hamam

06 – La muerte del rey El-Sâleh

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com

esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2020
Número de páginas: 6
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com

Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

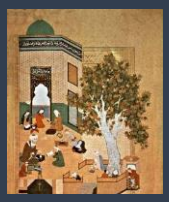
El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

6 – La muerte del rey El-Sâleh

De las últimas instrucciones del rey a Baïbars, y del problema que surge al pedirle el rey una parcela de terreno para su sepultura a su prima, la princesa Jâtun…



Baïbars pasó la noche en la alcoba en que dormía el rey, y no se apartó de su lado ni solo un instante. Al mañana siguiente, jueves ya, El-Sâleh le dijo a Baïbars:

- Hijo mío, vas a ir al Palacio Dorado, adonde vive mi prima, la princesa Jâtun. Le vas a decir lo siguiente: "Tu primo te saluda y te ruega que le concedas una pequeña parcela de terreno en la parte exterior del edificio de tu palacio; no necesita más que lo que mide una simple estera, al lado del callejón". Una vez que te lo haya dado, harás que lo acondicionen y me construirás ahí una tumba: sus ventanas darán a la calle, de forma que los creyentes que pasen por allí la puedan ver y, como limosna, recen una plegaria por el reposo de mi alma.

Baïbars le aseguró que así lo haría y se fue rápidamente al Palacio Dorado; el jefe de los eunucos vino a abrirle y le besó las manos.

- Vete a avisar a tu señora que venga a ponerse tras la cortina que cierra la puerta del harén.

- Hijo mío, ¿qué quieres? –le preguntó la princesa.

- Has de saber, oh, dama, que tu primo, el Comendador de los creyentes te saluda y te ruega que le cedas un trozo de terreno del tamaño de una estera en la parte exterior de tu palacio, para construir allí una tumba; a cambio, tú obtendrás la recompensa del Señor de todos los dones. Eso es todo lo que he venido a pedirte.

- ¡Mira qué bien! –replicó la princesa con acritud– ¡Y yo que me creía que mi primo me mandaba un poco de dinero para cubrir mis necesidades y evitarme caer en la miseria!; ¡yo, que no soy más que una pobre vieja sin recursos y sin apoyos! Pues bien, ¡no tendrá nada de nada! ¡Y cuando muera, lo enterráis en la Necrópolis como a todo el mundo!

Después de estas palabras, la princesa se dio media vuelta y se marchó, dejando plantado a Baïbars, que regresó a la Ciudadela, muy sorprendido por el duro corazón de la princesa Jâtun; pues ésta, desde luego, a sus noventa años, era inmensamente rica. Además, al no haberse desposado nunca, no tenía otro heredero que su primo el rey El-Sâleh Ayyûb.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Así que Baïbars regresó junto al rey para informarle del fracaso de su misión; pero apenas tuvo tiempo de saludarle cuando el eunuco del que acabamos de hablar, hizo que le introdujeran en la alcoba y, tras pronunciar los saludos y cortesías de costumbre, declaró lo siguiente:

- Vengo a traerte mis condolencias por el deceso de tu prima, la princesa Jâtun, que acaba de fallecer en la compasiva misericordia del Señor; pueda Dios acordar una larga vida al Comendador de los creyentes. Acababa de dejar la princesa al emir Baïbars y regresar a sus alojamientos, cuando fue atacada por un violento dolor en el pecho, junto al corazón, y cayó muerta en el acto.

- ¡Qué extraño es todo! –se decía Baïbars para sí– ¡Si hace un momento la princesa parecía gozar de una excelente salud!

- No hay nada de lo que extrañarse, hijo mío –le comentó el rey–. La muerte es, de entre todas las cosas, la que está más próxima al hombre. Bien, pero eso no es todo; ahora vas a regresar a su palacio y te encargarás de que la entierren en la Necrópolis, fuera de la ciudad, tal y como ella pretendía hacer conmigo hace un momento. Una vez hecho esto, tomarás posesión de todos sus bienes, porque yo soy su único heredero y deseo regalártelos. Luego, me construirás allí mi tumba, tal y como te he indicado.

Aún muy extrañado, Baïbars se fue al palacio de la princesa Jâtun, en donde hizo lavar y amortajar a la difunta, que fue trasladada con gran pompa a la Necrópolis. Hecho esto, se ocupó de la tumba del rey, que fue realizada conforme a sus instrucciones. Cuando hubo terminado, Baïbars tomó posesión de los bienes de la princesa Jâtun y volvió junto al Comendador de los creyentes, al que informó cumplidamente.

Baïbars se quedó con el rey hasta el segundo jueves tras la muerte de la princesa. La noche del jueves al viernes, el rey mandó que vinieran los recitadores del Corán, pues sentía que su final estaba próximo. Los sheijs llegaron enseguida, y comenzaron a salmodiar los santos versículos junto al lecho de El-Sâleh. Hacia media noche, el rey fue arrebatado por un profundo éxtasis, del que no volvió hasta el amanecer. Entonces, hizo una señal a los sheijs para que interrumpieran sus recitaciones y pidió a Baïbars que se sentara junto a él y salmodiara la azora *Yâsîn*[1]; el rey escuchó esta magnífica azora y pronunció la fórmula ritual:

- ¡Verídica es la palabra de Dios Todopoderoso!

Y en ese momento, los almuédanos comenzaron a llamar a los fieles para la oración del alba; entonces, el rey tomó de nuevo la palabra, e invocó la ayuda de Dios:

[1] Se trata de la azora número 36 de El Corán, en la que se desarrolla, en un estilo particularmente noble y majestuoso, el tema de la grandeza y poder divinos, manifestados a través de los ritmos de la naturaleza y del ciclo de la vida y de la muerte.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- Oh, Tú, refugio del pecador y del criminal, imploro Tu perdón.

Oh, Tú, único y eterno Soberano, imploro Tu misericordia para tu insignificante y perecedero servidor.

Señor, todos los caminos se hallan cerrados ante mí; sólo me queda el implorar Tu gracia.

Señor, mis pecados y transgresiones son más pesadas que una montaña: ¡ay! ¡cuánto pesarán en la balanza!

Señor, crímenes y desmanes fueron parte de mi vida, y a veces, incluso he dudado de Ti; y ahora, la muerte se acerca.

Mírame, soy un mendigo a Tu puerta; ¿me negarás una limosna? Me encuentro solo y abandonado: ¿Te apartarás Tú de mí?

Yo te imploro por el hijo de Adnân, Muhammad, el Profeta elegido al que has confiado Tu palabra;

Por Ali el Guerrero de corazón intrépido, el que aplasta a las legiones demoníacas; por los Diez Compañeros y por los Sucesores;

Por el sheij Abd El-Qâder[1], que trae el conocimiento a las regiones de Oriente;

Por el sheij Ahmad El-Rifâ'i, refugio de los afligidos;

Por el sheij doblemente velado, Ahmad El-Badawi, Liberador de cautivos;

Por el sheij Ibrahim, del que yo soy su discípulo;

Por todos los Hombres de Dios, y por su preboste, el Jidr Abu-l-Abbâs;

¡Señor, endulza este último instante en el que mi alma volará, y concédeme morir en la Fe!

Yo imploro la intercesión de Muhammad, para quien el mundo fue creado, fuente de la Ley,

Llave de todo conocimiento, fanal que muestra el recto camino, sin el que el hombre sólo sería corrupción.

¡Ay! ¡Cuánto tarda en brillar tu Luz! ¡Heme aquí, voy hacia Ti, miserable y tembloroso; sálvame del fuego eterno!

Cuando hubo terminado estas súplicas, el rey pronunció la profesión de fe:

- Yo atestiguo que no hay más Dios que Dios, y que Muhammad es el profeta de Dios… de Dios venimos, y a Dios retornamos, en la religión del profeta de Dios.

Luego, tras exhalar un profundo suspiro, falleció en la misericordia del Señor y de Su perdón. ¡Y vosotros, todos los que me estáis escuchando, rezad la *Fâtiha* por el reposo de su alma!

Baïbars le cerró los párpados y le cubrió el rostro, luego, estalló en sollozos, salió de la habitación seguido de los recitadores de El Corán, y mandó que avisaran al visir Shâhîn y a todos los miembros del Consejo, que el Comendador de los creyentes acababa de fallecer. En todas las mezquitas de El Cairo, se pronunció su nombre durante

[1] Todos los personajes evocados a partir de aquí, son grandes figuras de la Mística musulmana, y fundadores de hermandades. El sheij Ahmad El-Badawi aparece en estos relatos como el *qutb* del tiempo, el jefe supremo de la jerarquía exotérica de los Hombres de Dios; ya apareció en *La Cabalgada de los Hijos de Ismaíl.*

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

la llamada a la oración, y la noticia se extendió por toda la ciudad, en la que permanecieron cerrados los mercados y edificios públicos en señal de duelo.

Los doctores de el-Azhar y los cuatro muftis[1] llegaron para proceder a la purificación del difunto y el entierro de su cuerpo; el gran sheij de El-Azhar y los superiores de las hermandades Bakri y Wafâ'i se encargaron personalmente de lavar al rey. Finalmente, el difunto fue trasladado a la tumba preparada por Baïbars, en donde fue inhumado; ¡que la misericordia de Dios sea sobre él!

Al final de la ceremonia, el visir Shâhîn avisó a los visires, emires, grandes del reino y dignatarios, de que volvieran con él al Salón del Consejo; cuando llegó allí, Shâhîn se colocó junto al trono real, y esperó a que todo el mundo estuviera presente. Muy pronto toda la asamblea se había reunido, excepto Baïbars que, embargado por la tristeza, se había retirado a su casa.

El visir Shâhîn recitó la *Fâtiha*, dedicándola al Señor de los enviados –que la oración y el saludo de Dios sean sobre él–; luego, volviéndose hacia los miembros del Consejo, declaró:

- Ahora tenemos que elegir un sultán para que lleve las riendas del gobierno y se ocupe de los asuntos del Estado; si no, el desorden y la corrupción no tardarán en aparecer en todo el reino.

- ¡Eh, pero si ya tenemos a nuestro sultán; es el emir Baïbars! –señaló Izz El-Dîn El-Hilli– Por dos veces, el Comendador de los creyentes le proclamó públicamente su heredero: nosotros no queremos a otro.

Al ver que nadie parecía decir lo contrario, el visir mandó en el acto que fueran a buscar a Baïbars; éste llegó poco después, saludó a los asistentes, recitó la *Fâtiha* y fue a sentarse modestamente en el lugar que ocupaba como *seri askar*.

- Hijo mío –le dijo el visir Shâhîn–, ven a sentarte a tomar posesión del trono real y a asumir la dirección del Estado, tal y como lo ordenó el difunto rey Salâh El-Dîn Yûsuf[2], llamado El-Sâleh Ayyûb, tu señor.

- ¡No le pluga a Dios que yo asuma de este modo el poder real ante los ojos de príncipes kurdos ayyubíes, mi querido visir! –exclamó Baïbars– ¿Quién soy yo para expoliar su derecho, y usurpar el trono del que era su primo, y yo, su esclavo, comprado con su propio dinero?

[1] Se refiere a los grandes muftis de las cuatro escuelas jurídicas reconocidas como legítimas por los sunníes.

[2] Curiosamente, el narrador parece confundir a Salâh El-Dîn Yûsuf, es decir Saladino, el fundador de la dinastía de los Ayyubíes (1138-1193) con su descendiente El-Sâleh Ayyûb, el rey difunto; puede que esto se deba a lo parecido de sus nombres.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- No hay nadie en esta ciudad que reivindique el trono –afirmaron entonces los príncipes kurdos–. ¿Querrías que cayéramos bajo la maldición de El-Sâleh? No, nosotros no queremos el poder real, y te aseguro que te lo ofrecemos muy gustosamente.

- Pero es que, mi señor tenía dos hijos –objetó Baïbars–. No seré yo quien les prive del cargo que ejercía su padre.

- Sí, es cierto, el difunto rey tenía dos hijos, pero ninguno de ellos es apropiado para reinar –respondieron los kurdos–. Jalîl, el hijo de la reina Shayarat El-Durr, solo tiene doce años, y el otro, Issa Ghâzi, está tan embrutecido por culpa del alcohol, que es incapaz de saber si es de día o es de noche; aparte de que vive muy lejos de aquí, en el monte Iqaz, en el Kurdistán.

- Pero, aunque esté un poco embrutecido y dado al desenfreno, bien podría recuperar la cordura y corregirse; así que no veo razón alguna para que yo le vaya a privar del trono de su padre. Cuando sea rey, es muy posible que su conducta cambie totalmente.

En fin, que Baïbars rechazó categóricamente el poder real, pues él sabía muy bien, después que el visir Shâhîn le hiciera entrar en la cripta misteriosa, cuáles eran los reyes que deberían asumirlo antes que él; revelaciones confirmadas por Shîha durante su cautiverio en Génova[1].

Así que el Consejo decidió enviar sin más tardanza un mensaje al príncipe Issa Ghâzi, por medio de uno de los príncipes kurdos ayyubíes; cuya misión sería la de escoltar al nuevo soberano hasta El Cairo, en donde sería proclamado sultán. Mientras tanto, el gran visir fue designado para asumir el poder en este ínterin.

**** **** **** **** ****

Próximo relato de "Muerte en el hamam"...

VI.7 - "El final de una raza"

[1] Alusión a dos episodios precedentes, en los que a Baïbars se le reveló su porvenir. Ver *Flor de Truhanes* y *La traición de los emires*.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6